

LA NATURALEZA/PAISAJE Y LA PINTURA. A propósito del trabajo de Felipe Ortega-Regalado.

Juan-Ramón Barbancho.

Tanto el paisaje, como su extensión en la representación de la Naturaleza, es un género de la pintura, y más recientemente en la fotografía y el video, que aparece en la Historia del Arte con la pintura gótica, pero no de una manera independiente sino como fondo de escenas e historias sagradas. Más tarde lo hará con la pintura áulica y de hechos bélicos.

Sin embargo hay algunos autores, especialmente Giorgione y Platini, que ya apuntan hacia un género autónomo. Pero estas representaciones de la Naturaleza en la pintura, como lo son en el arte actual, nunca son realistas. Si hiciéramos un análisis formalista diríamos que son más bien naturalistas. Es decir, no hay un interés en representarla tal cual es, como tampoco lo hace Velázquez en obras como las *Vistas de la Villa Médicis*, sino en recrearla tal como se siente. Tal vez ese sea uno de los grandes avances en la Historia del Arte: no pintar lo que es sino cómo lo sentimos.

En el caso de la obra de Felipe Ortega-Regalado, su plasmación de la Naturaleza y de Paisaje nunca ha intentado reproducir escenas o vistas, sino más bien crear un imaginario propio, de alguna manera surrealista en tanto que está fuera de una realidad dada, y adentrarse en un proceso de investigación en el que el género deriva en la elaboración de un constructo mental a partir no de lo que se ve sino de lo que se imagina.

Tanto en su pintura como en su dibujo, tal vez especialmente en este último, hay formas cuasi humanas que se transforman en una suerte de extraños vegetales muchas veces antropomorfos que nos permiten una interpretación onírica, de ahí ese matiz surrealista de su trabajo, que indudablemente se extrapola también a su obra en video.

El paisaje en su obra, como una creación cultural, es algo que se construye, que se puede construir a partir de elementos dados, tomándolo por sí mismo o combinando diferentes elementos y re-creando una escena. Pero también es un elemento vivo en el que estamos y con el que nos relacionamos, porque hay una serie de elementos que podemos reconocer junto a otros que provocan dudas sobre su existencia real.

A partir de la obra *Ni paisaje ni bodegón* (2010) inicia una serie de trabajos que inciden en esto onírico y donde el cuadro se puebla de formas que ahora aluden más a lo vegetal, con las que conforma una suerte de paisaje a medio camino entre lo misterioso y lo metafísico, que, por otra parte, retoma de épocas anteriores, donde también esto último era un componente esencial. Tal vez lo más llamativo sea la forma tan extremadamente naturalista de tratar las plantas, casi como un trabajo botánico y la creación de unos fondos neutros, alejados, también muy frecuentes en sus pinturas,

especialmente desde la serie *Criptografías* (2008-09), componiendo la escena como una instalación.

Todo esto lo trabaja profusamente en su pintura, pero creo que es en el dibujo donde se da de una manera más clara esa construcción mental no de lo que ve, sino de lo que se imagina. Es en estas obras donde inserta una serie de elementos que despistan tanto como atraen, esas figuras híbridas que antes mencionaba, que acaban por dar a luz una obra tan compleja como simple. Una obra que emociona pero no de una manera superficial, epidérmica, sino que implica al intelecto que se ve forzado a desentrañar las claves de esas extrañas figuras mutantes.

A la vez, es un trabajo que escapa de modas y amaneramientos propios del mundo artístico en que vivimos, tan dado a asumir corrientes sin analizarlas, asimilar gestos que ya nacieron muertos. La obra de Felipe Ortega-Regalado sólo se parece a sí misma, sin por ello estar ausente de una atenta observación de lo que ocurre a su alrededor y más allá de nuestras fronteras.